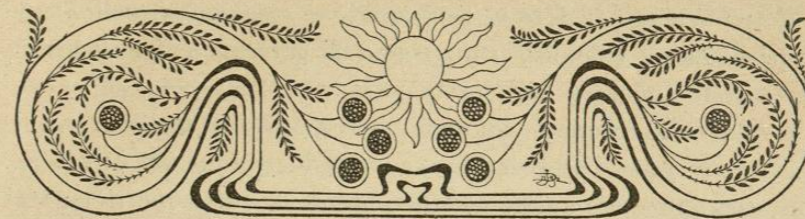


arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho: solos los ^a desventurados D. Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó, en esto, el cuadrillero la barba de D. Quijote, y salió á buscar luz, para buscar y prender ^b los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso ^c acudir á la chimenea, donde, con mucho trabajo y tiempo, encendió el cuadrillero ^d otro candil.

a. ...los dos desventurados. RIV. = al cuadrillero acudir. ARG.₂. = d. ...encendió otro candil. ARG.₂.

b. ...prender á los. MAL. = c. ...forzoso



CAPÍTULO XVII

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que, por su mal, pensó ^a que era castiño

HABÍA ya vuelto, en este tiempo, de su parasismo D. Quijote; y, con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado á su escudero ^b cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: «— Sancho amigo: ¿duermes ^c? ¿Duermes, amigo Sancho?»

a. ...por su mal D. Quijote pensó que. ARG.₁, BENJ. — ...por su mal pensó D. Quijote que. ARG.₂. = b. ...antes le había llamado á él su escudero. ARG.₂. — ...antes había hablado á su escudero. MAL. = c. ...¿duerme? L.₁.

Espejo del mundo real, animado cuadro de costumbres populares, pintura inimitable así de caracteres como de fenómenos fisiológicos; las escenas que ahora se narran, de tal suerte roban el aplauso del lector, y dejan en su ánimo tan imperecedero recuerdo, que el distraído niño, la indiferente doncella, el anciano á quien solicitan graves cuidados, recuerdan siempre con regocijado semblante al positivista del ventero, al mascarón de la feróstica Maritornes, trocado ahora, por lo compasivo de su corazón, en simpática figura; y, junto á ésta, la gente burlona del Potro de Córdoba, los maleantes perailles de Segovia, y los dos vecinos en extremo alegres y juguetones de la Hería de Sevilla.

Tan verosímil, tan real, tan llena de vida y donaire está la pintura, que las bascas de Sancho y su manteamiento (que al fin perdonó, en gracia á no haber quebrantado con la paga las tradiciones caballerescas) acaso no tengan par en la historia del realismo fiel y, con todo eso, bello en grado eminente.

— ¡Qué tengo de dormir, pesia á mí! — respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho; — que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche.

— Puédeslo creer así, sin duda, — respondió D. Quijote; — porque, ó yo sé poco, ó este castillo es encantado; porque has de saber... Mas, esto que ahora quiero decirte^a, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

— Sí, juro, — respondió Sancho.

— Dígolo, — replicó^b D. Quijote, — porque soy enemigo de que se^c quite la honra á nadie.

a. ...ahora te quiero decir. Tox. = b. ...respondió. A., ARR. = c. ...se le quite. MA

Línea 1. — *¡Qué tengo de dormir, pesia á mí!* — Expresión en extremo familiar, que denota desagrado, displicencia y desdén. De ella se dijo, atendiendo á su vulgaridad: «...siempre está con un *pesia* á tal intolerable.» En Lope, que retrata admirablemente el lenguaje popular; en Quevedo, que se siente inclinado á usar con cariño esta manera de decir, muy propia en boca de Sancho; se hallarán copiosos ejemplos:

« ERGASTO. ¿ Esta es vida de envidiar?
Haz lumbre, corta ramón.
¡ *Pesia* el cierzo, que así sopla! »
(LOPE. *El cuerdo en su casa*, acto I, esc. I.)

« MONDRAGÓN. ¡ *Pesia* á mi linaje!
El aire se asombra.
De humo del corral
El olor me enoja.
Si Antona ha parido,
La música sobra. »
(LOPE. *El cuerdo en su casa*, acto II, esc. XXVII.)

« FEDERICO. Quedo, aguardad. (*Ap.*) ¡ *Pesia* á mí!
Dejadme quitar primero
Esta joya. »
(LOPE. *La despreciada querida*, acto II, esc. XVII.)

« TELLO. ¡ Vive Dios, que están aquí!
Acabóse: esta mujer
Ya no debe de querer
Á mi señor, ¡ *pesia* á mí!
Pero ¿ cómo le dijera
Tantos engaños...? Mal hago
En dar á su fe tal pago. »
(LOPE. *La discreta venganza*, acto I, esc. XIX.)

« — ¡ Oh, *pesia* á tal! — dije yo. — Más estimo haber oído este diablo que cuanto tengo. » (QUEVEDO. *Las zahurdas de Plutón*.)

« — ¡ *Pesia* á tal! — dije yo entre mí. — Pues, tras ser el camino tan trabajoso, ¿ es, la gente que en él anda, tan seca y poco entretenida? » (QUEVEDO. *Las zahurdas de Plutón*.)

— Digo que sí juro, — tornó á decir Sancho, — que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced, y ¡plega á Dios que lo pueda descubrir mañana!

— ¿ Tan malas obras te hago, Sancho, — respondió D. Quijote, — que me querías ver muerto con tanta brevedad? »

— No es por eso, — respondió Sancho, — sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no quería que se me pudriesen de guardadas.

— Sea por lo que fuere, — dijo D. Quijote, — que más fio de tu amor y de tu cortesía; y, así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y, por contártela en breve, sabrás que poco há que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podría decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento!

2. *...y ¡plega á Dios que lo pueda descubrir mañana!* — La locución familiar que encabeza esta nota es muy propia de nuestra lengua, y está revestida de autoridades como la de Lope, quien mostró singular predilección por tal manera de decir:

« GAVINO. ¡ Qué dices! ¡ *Pliega* á los cielos!
BELARDA. ¿ Que *pliegas* de maravillas?
¿ No harás una vez vainillas
Á tantos *pliegues* de celos? »
(*El hombre de bien*, acto III, esc. IX.)

« LAURA. (*Ap.*) (Y ¡ *plega* á Dios que tus ojos,
Diana, se pleguen presto!)
Vete, Lisardo... (*Ap.*) (Que quiero
Descomponerme con ésta.) »
(*La vengadora de las mujeres*, acto III, esc. VII.)

Sancho, la personificación más acabada del lenguaje popular, de ese lenguaje que arranca de los primeros tiempos del idioma, habla, con ligeras modificaciones, como hablaron sus antepasados:

« *Plega* á Dios é á Santa María
Que aun con mis manos case estas mis hijas. »
(*Poema del Cid*. « Códice Pidal », ed. Sánchez, 1779; pág. 241, v. 280.)

« *Plega* á Santa María é al Padre santo
Ques page descasamiento suyo Cid ó el que lo ovo en algo. »
(*Poema del Cid*. « Códice Pidal », ed. Sánchez, 1779; pág. 316, v. 2284.)

« *Plega* al Criador, que en cielo,
Que vos vea meior casadas da qui en adelant. »
(*Poema del Cid*. « Códice Pidal », ed. Sánchez, 1779; pág. 340, v. 2903.)

« Entró á la iglesia, *plegó* antel altar,
Declinó los ynoyos, empezó á rogar. »
(BERCEO. *Vida de Santo Domingo*, copla 192.)

¡Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Sólo te quiero decir que, envidioso el cielo^a de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más
5 cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada á algún brazo de algún descomunal gigante y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y
10 después me molió de tal^b suerte que estoy peor que ayer cuando los

a. ...el hado. ARG.₁, BENJ. — ...el diablo. ARG.₂. = b. ...de suerte. TON.

1. ¡Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! — Diríase que estamos viendo en este momento la apostura de las palabras (llamémoslo así, ya que el tono de la voz y los ademanes fueran ahora una expresión incompleta para hacer notar el detalle pintoresco que envuelve la actitud significativa de D. Quijote). En verdad, la escena es harto resbaladiza; pero Cervantes, escritor genial, como dicen ahora, presta á todo nueva vida, y á los caballeros que dan al olvido la fe prometida á sus damas opone el lado cómico; y nuestro héroe, por no faltar á ella, deja pasar en silencio cosas que un escritor sensual, como el autor de *Tirante el Blanco*, habría descrito menudamente.

5. ...como tengo dicho, es encantado este castillo. — Ni Bowle, autorizando la frase con un ejemplo de los libros de caballerías (1): «—Acabad de matar aquellos malos gigantes mis señores, — dijo Rofeliana, — porque en el entretanto que alguno dellos fuere vivo no serán deshechos los encantamientos de este castillo»; ni Clemencín, que, huyendo de la nota de copista, dice: «En el *Orlando furioso* se describe el castillo que el mago Atlante había construido con sus artes en el Pirineo, y donde encarcelaba caballeros y doncellas: allí se cuenta cómo Bradamante, con el auxilio del anillo, venció al mago, le obligó á deshacer la piedra que contenía los caracteres del encanto, y desapareció el castillo, quedando libre su amante Rugero, que estaba preso con Gradaso, Sacripante y otras muchas personas»; ni Bowle ni Clemencín, repetimos, acertaron á ver el lado cómico de este y análogos pasajes. Miopía que hace notar la crítica, recordando que un escritor del siglo XVIII, Francisco Javier Llampillas (para quien, por ventura, fué desconocido el nombre de *Estética*), columbró el hondo sentido del pensamiento del príncipe de los novelistas al escribir estas hermosas palabras:

«El autor no presenta gigantes que salen á pelear con D. Quijote; pero nos pinta á éste que, lleno de las manías romancescas, tiene por gigantes á los molinos de viento. No hace comparecer y desvanecer castillos encantados, pero le parecen tales las más miserables ventas. Estas y otras invenciones deleitables se leen repetidas veces, y siempre con el mismo gusto, porque á cualquiera le parecen verosímiles, y cada uno experimenta aquel placer que imagina tendrían los espectadores de tan ridículas escenas.»

(1) *Belianís*, lib. III, cap. 9.

arrieros^a, que^b por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.

— Ni para mí tampoco, — respondió Sancho, — porque más de
5 cuatrocientos moros me han aporreado^c; de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, se-

a. ...gallegos. C.₁, L._{1,2}, MAI., FK. = RIV., ARG._{1,2}, BENJ., FK. = c. ...me han aporreado á mí. C.₁, L.₂, MAI., FK.

6. ...el molimiento de las estacas. — No se pueden leer estas palabras, y más aún aquellas de *estaba tendido en el val de las estacas*, sin cierta especie de melancólica dulzura, ya que traen á la memoria el comienzo de aquel romance:

«Por el val de las Estacas — el buen Cid pasado había:
Á la mano izquierda deja — la villa de Constantina.
En su caballo Babieca, — muy gruesa lanza traía:
Va buscando al moro Abdalla — que enojado le tenía.
Travesando un antepecho, — y por una cuesta arriba,
Dábale el sol en las armas: — ¡oh cuán bien que parecía!
Vido ir al moro Abdalla — por un llano que allí había,
Armado de fuertes armas; — muy ricas ropas traía.
Dábale voces el Cid; — de esta manera decía:
«— Espérame, moro Abdalla: — no muestres tú cobardía.» —
Á las voces que el Cid daba — el moro le respondía:
«— Muchos tiempos há, el Cid, — que esperaba yo este día,
Porque no hay hombre nacido — de quien yo me escondería;
Porque desde mi niñez — siempre huí de cobardía.»
«— Alabarte, moro Abdalla, — poco te aprovecharía;
Mas si eres cual tú hablas — en esfuerzo y valentía,
Á tiempo eres venido — que menester te sería.» —
Estas palabras diciendo — contra el moro arremetía;
Encontróle con la lanza, — y en el suelo lo derriba;
Cortárale la cabeza, — sin le hacer cortesía.»

(*Silva de 1550*, t. II, f. 48. — TIMONEDA. *Rosa española*. — *Primavera y flor de romances*, t. I, pág. 107.)

No es fácil que todos los lectores puedan entender á qué alude el novelista, en entrambos pasajes, si desconocen el romance que antecede. El lector vulgar reirá, seguramente, lo del *val de las estacas*; pero no ha de arraigar en su ánimo la idea de que Cervantes, tenido por ingenio *lego*, estaba versado en toda amena literatura, como lo prueban esta y mil alusiones más.

7. ...fué tortas y pan pintado. — Úsase de esta frase proverbial cuando se quiere significar que los males y adversidades, por grandes que sean ó hayan sido, comparados con otros mayores, pueden, si no considerarse como bienes, tenerse por más leves de lo que en sí son.

Tal idiotismo guarda analogía con esotra manera de decir: *No todo es el día de la boda*; y acaso reconozcan entrambas expresiones un mismo origen, pues en esas fiestas solía gastarse en el convite un pan con cierto baño que le

ñor: ¿cómo llama, á ésta, buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable ferrosura^a que ha dicho; pero yo, ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda
5 mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni^b soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!

— ¿Luego también estás tú aporreado? — respondió D. Quijote.
— ¿No le he dicho que sí, pese^c á mi linaje? — dijo Sancho.

a. ...incomparable hermosura. MAI. = ARR., MAI. = c. ...pesia á mi linaje.
b. ...que no soy caballero. A., PELL., C., L., MAI.

hacia más lustroso. Aun elaboran en algunos puntos de Andalucía, para determinadas solemnidades, pan en el que se imprimen figurillas de talco y motas de seda antes de cocerlo, de donde parece tomó el nombre de *pan pintado*. Y esta costumbre debió ser muy general en España, pues en el año 1434 el supuesto bachiller Fernán González de Cibdad Real escribía á un cortesano: «El adelantado Diego de Ribera fizo aprisionar en Sevilla algunas personas, é con buena guarda los manda al rey, que los espera, si yo no soy mal zahori, no para darles *tortas y pan pintado*.»

Se deja entender, por lo dicho anteriormente, que las *tortas y pan pintado* constituían de por sí un regalo de gran estima. Que la metáfora empleada por Cervantes sea muy conocida en el idioma, lo prueban, para no repetir citas conocidas, estas otras que se aducen ahora:

«...son *tortas y pan pintado* aquellas cláusulas de su salutación, que tanto choz nos hicieron á todos.» (P. ISLA. *Fray Gerundio de Campazas*, cap. 9.)

«Todo esto no se hizo sin muy copiosos aguaceros que nos mojaban y remojaban. Mas todo le teníamos por *tortas y pan pintado*, no viendo los huracanes que temíamos.» (*Cartas de Eugenio Salazar*, carta III.)

«— Aun la cola falta por desollar, — dijo Sancho. — Lo de hasta aquí son *tortas y pan pintado*.» (*Quijote*, II, cap. 2.)

«...que no se ponga conmigo á tú por tú; y me crea que estoy amostazada de ver que se haga zorrococo, y nos venda bulas; que se guarde del diablo, que ahora es *tortas y pan pintado*.» (QUEVEDO. *Cuento de cuentos*.)

«Pues los males que he contado
Hasta aquí del mal querer,
Todos se pueden tener
Por *tortas y pan pintado*.»
(CRISTÓBAL DE CASTILLEJO. *Obras de amores*, lib. I.)

9. — ¿No le he dicho que sí, pese á mi linaje? — Análogo al «*pesia á mi!*», aunque más grave, es modo de decir autorizado en nuestro idioma, así en sus comienzos como en nuestra época:

«Dessa desonra que me an fecha los yfantes de Carrión,
Que'l *pese* al buen rrey dalma é de coraçón.»
(*Poema del Cid*. «Códice Pidal», ed. Sánchez, 1779; pág. 341, v. 2918.)

— No tengas pena, amigo, — dijo D. Quijote, — que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.»

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el^a que pensaba que era muerto; y así como le vió entrar Sancho, 5 viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y^b candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: «— Señor:

a. ...y entró á ver al que pensaba. | candil. TOX. — ...con su paño de cabeza y
MAI. = b. ...con su paño de cabeza, el | el candil. ARG., BENJ.

«Pues aplíquense el cuento los actores.
Estudie el ignorante, *pese* á su alma,
Y procuren los buenos ser mejores.»
(BRETÓN DE LOS HERREROS. *Poesías*, ed. 1883-84; t. V, pág. 83.)

6. ...viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano. — La palabra *pañó* ¿significa en este pasaje el pañuelo que muchas personas se ponen para dormir? ¿Era, por ventura, un paño, aunque no igual ni aun semejante, análogo al que usan los moros? No lo sabemos.

Es la voz *pañó* un vocablo de muy varia significación. En la pintura y en la escultura se aplica á las ropas de amplio corte que forman pliegues: «Quien ficiere el yerro con cobijera que sirviese á la reina guardándole sus *paños* ó sus arcas, faría traición.» (*Part. 2*, tit. XIV, ley IV.)

En el siguiente ejemplo se descubre nuevo sentido dado á esta voz:

«...que la casa que tenía concertada de comprar era bastante, y tenía un portal á donde se podía hacer una iglesia pequeña, aderezándole con algunos *paños*.» (SANTA TERESA. *Libro de las fundaciones*, cap. 3.)

Distinta significación es la de estotro ejemplo:

«Pero ¡si es interminable
Esta falda! ¡Nueve *paños*...
Y para abarcar el talle
Poco más de media vara!»

(BRETÓN DE LOS HERREROS. *El editor responsable*, acto I, esc. I.)

Bien antigua es la acepción metafórica de este vocablo:

«BENITA. Tenéis los ojos sumidos
.....
Tenéis ojeras y *pañó*,
.....
Será de la frialdad
Que cogisteis ora un año.»

(GIL VICENTE. *La comedia de Rubena*.)

Dejemos disquisiciones humanistas para fijar nuestros ojos en la extraña aparición: es el cuadrillero, el atolondrado cuadrillero de quien cuenta luego la historia que, dando un fuerte candilazo á D. Quijote, le dejó medio descalabrado. ¡Triste destino el de tan sublime loco! ¡Hasta un representante de la justicia le hace blanco de su ira! ¡Triste destino el de las almas encendidas en amor de un ideal, si henchido de hermosura, de imposible realidad!

¿si será éste, á dicha, el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero?

— No puede ser el moro, — respondió D. Quijote, — porque los encantados no se dejan ver de nadie.

5 — Si no se dejan ver, déjanse sentir, — dijo Sancho; — si no, díganlo mis espaldas.

— También lo podrían decir las mías, — respondió D. Quijote; — pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. »

10 Llegó el cuadrillero, y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aun D. Quijote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: « — Pues ¿cómo va, buen hombre?

15 — Hablara yo más bien criado, — respondió D. Quijote, — si fuera que vos. ¿Úsase en esta tierra hablar desafortunado á los caballeros andantes, majadero? »

El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir; y, alzando el candil con todo su aceite, dió á D. Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien^a descalabrado; y, como todo quedó á oscuras^b, salióse luego, y Sancho Panza dijo: « — Sin duda, señor, que éste es el moro encantado; y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

25 — Así es, — respondió D. Quijote, — y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas^c; que, como son invisibles y fantásticas^d, no hallaremos de quién vengarnos aunque más lo procuremos. Levántate,

a. ...que le dejó medio descalabrado. ARG. 2. = b. ...quedó oscuras. L. 1. = c. ...con encantados. ARG. 2. = d. ...fantásticos. ARG. 2.

13. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: « — Pues ¿cómo va, buen hombre?

— Hablara yo más bien criado, — respondió D. Quijote, — si fuera que vos. —

No es de mala crianza aplicar la frase á gente sencilla, pero ha de tenerse como término despectivo cuando significa gran superioridad, en quien la usa, respecto de aquel á quien se dirige. El cuadrillero faltó á D. Quijote, que como hidalgo tenía *don*, y que como caballero andante podía esperar que un día llegaría á emperador.

Hasta dirigida á inferiores puede haber desprecio en la frase.

« — Aquí las he, — respondió la dueña, — con este buen hombre », se lee más adelante. Cita que, con otras muchas de nuestro *Diccionario*, servirá para ilustrar el comentario que vamos haciendo.

Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutarífico bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien^a menester ahora, porque se me^b va mucha sangre de la herida que esta fantasma^c me ha dado. »

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á oscuras^d donde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo^e, le dijo: « — Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta^f venta. »

15 Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre faltó de seso; y, porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le^g proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á D. Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

a. ...lo he menester. TOR. = b. ...por- que se va mucha sangre. RIV. = c. ...esta fantasma. L. 1. = d. ...y fué oscuras. L. 1. = e. ...en qué paraba el diálogo. ARG. 2. = f. ...está en la venta. PELL. = g. ...lo proveyó. AMB.

8. « — Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced. — Antes le había dicho su amo: « Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza... » Por tanto, la apóstrofe de Sancho: « — Señor, quienquiera que seáis... », y su grave actitud, tienen una vis cómica capaz de arrancar la risa del seno de la misma melancolía, para valernos de la hermosa imagen de un comentador.

19. ...que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones. — No concuerda esto con lo dicho más arriba: « ...dió á D. Quijote con él (candil) en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado. » En verdad: ni la noción que el vulgo tiene de la *descalabratura* y los *chichones*, ni el concepto más elevado del clínico, sancionan tal desacuerdo de ideas; pero ello no ha de ser parte á leer *aderezado* en donde siempre se leyó *descalabrado*. *Aderezado* cuadra con el aceite del candil que cayó sobre D. Quijote, pero no con los *chichones algo crecidos* á causa del candilazo que le dió.

Con autoridad de nadie recibida, y sin que el texto lo autorice, dando una prueba más de sus vacilaciones, por no decir desenfados, puso Hartzbusch (en su segunda edición de Argamasilla) « medio descalabrado » en vez de « muy bien descalabrado »; variante ingeniosa, pero no legítima.